

*Experiencia de la temporalidad y prácticas intelectuales en las
disciplinas histórico-sociales
Acumulación, transmisión y recepción en la era digital*

Laura Angélica Moya López y Margarita Olvera Serrano
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco

Resumen

Este trabajo analiza cómo el ascenso de la medialidad digital ha modificado las prácticas intelectuales y la percepción del tiempo en las disciplinas histórico-sociales, así como la forma en que articulan sus acervos de conocimiento ante el fondo del presentismo y la hiperespecialización. Se argumenta que la temporalidad digital, caracterizada por la inmediatez, la inestabilidad y la fragmentación, contrasta con los ritmos de la acumulación, transmisión y recepción tradicional del conocimiento, poniendo con ello en duda la continuidad intergeneracional y la estabilidad de los acervos intelectuales de estas disciplinas. Bajo el reconocimiento del enorme logro cultural que representan estos cambios y de la importancia de investigarlos en términos de una posible historia efectual de los medios, se plantean algunas de sus principales implicaciones historiográficas, epistemológicas y conceptuales, así como posibles vías para gestionar la temporalidad digital reflexivamente, de modo que nos sea posible como comunidades de conocimiento preservar el espacio de tensión entre acumulación e innovación.

Palabras clave: acumulación, transmisión, temporalidad digital, hiperespecialización

Introducción

La escritura de la historia y la historiografía de la sociología en México y de otras ciencias sociales, ha incluido diversas fases de investigación y abarcan desde las fases de precursores individuales, pasando por institucionalización inicial, la consolidación, profesionalización, hasta las actuales etapas de hiperespecialización y digitalización de las que son actores y testigos los integrantes de nuestras comunidades de conocimiento. Este periodo comprende más de cien años y en cada etapa es posible identificar la coexistencia de varias generaciones de practicantes con acumulaciones, espacios de experiencia y expectativas diferenciadas. El tratamiento de una base documental amplia y diversa requirió de una perspectiva interdisciplinaria que integró los elementos epistemológicos, teóricos, conceptuales y procedimentales, provenientes de la teoría de la historia, la historiografía y la teoría social que posibilitaron interrogar desde nuestro presente, la base empírica de esta investigación.

Una observación de segundo orden sobre las escrituras que se han producido en estos ejes temáticos nos lleva a una autorreflexión sobre la historicidad de nuestras prácticas y de la tarea de hacerlas mínimamente inteligibles, tanto diacrónica como sincrónicamente; desde luego, no pretendemos que este texto represente dicha inteligibilidad, pero sí podemos afirmar que elabora algunos elementos necesarios para llegar a ello. Se trata de acercarnos a una interrogación historiográfica contemporánea de las prácticas intelectuales que median la producción de conocimiento en su relación con la temporalidad.

Si Gadamer (Gadamer, 2000) señaló que la conciencia histórico-temporal es un privilegio del “hombre moderno” que le posibilita conocer la especificidad de su propio tiempo frente a otros, como lo es la temporalidad digital ¿No debiera movernos a pensar su especificidad, y su diferencia frente a las otras temporalidades en las que estamos inmersos como actores, como observadores? ¿Qué tiene de específico la temporalidad digital, frente a la temporalidad social (de las relaciones cara a cara y situaciones comunes de interacción) que integra distintos ritmos, aceleraciones, ralentizaciones, esperas, velocidades, etc.? En este sentido, vale la pena preguntarse también ¿Qué implicaciones epistemológicas tiene esta nueva experiencia de la temporalidad para los mundos de la observación científica en las disciplinas histórico-sociales? Hoy nos desplazamos en coordenadas temporales en las que inmersos en el presentismo, presenciamos la subordinación de los mundos de vida, los mundos de observación, otras temporalidades y búsquedas compensatorias ya no sólo a la experiencia del presente continuo sino a la sensibilidad temporal del “instante”, con la supresión digital del intervalo que mediaba entre emisión y recepción, la lectura y la escritura, la recepción y la integración del conocimiento hasta constituir nuevos objetos de estudio.

Estas preguntas tienen como marco de referencia una reflexión sobre cómo las formas del mundo están en cambio continuo y que las sociedades y comunidades humanas no son, están siendo, como argumentó Norbert Elias en su célebre investigación diacrónica sobre la emergencia de la moderna civilización Occidental (Elias, 1987). Son entidades procesuales que se estructuran en plazos muy largos integrando estructuras, procesos, tendencias, acciones y

comportamientos. La percepción de fijeza o solidez, en realidad, es una ilusión humana que se desmorona tan pronto como comparamos épocas históricas, tipos de estructuras, instituciones y prácticas. Ello no obsta para comprender que los ritmos temporales a los que están sujetas las sociedades a lo largo del tiempo, no son los mismos; hay suficientes indicios para constatar que uno de los rasgos más relevantes de nuestras modernas sociedades presentistas es que el cambio dejó de ser un proceso inter-generacional, para convertirse en intra-generacional y que ello está relacionado, de una forma u otra, por el paso de los medios de comunicación tradicionales de masas que hoy retrospectivamente podemos adjetivar de lentos, hacia medios instantáneos.

Desde al menos los primeros lustros del siglo XXI, las estructuras y modos de vida postradicionales en los que estamos inmersos como actores y como observadores muestran las marcas de la expansión de medios de comunicación que ya no son asibles con el adjetivo de “masas” y que, provisionalmente, llamamos aquí digitales. Como integrantes de comunidades de conocimiento disciplinarias que se interesan por la investigación de una amplia variedad de pasados-presentes, y que convergemos en el campo de estudio y reflexión que es la historiografía, tenemos una pre-comprensión de los efectos que este ascenso está representando para la formación de nuestras agendas intelectuales. Los rubros abarcan desde las búsquedas, selecciones, exclusiones, procedimientos y prácticas en la construcción de narrativas historiadoras, y de ciencias sociales, la elaboración de nuevos temas, hasta la diversidad perspectivas teóricas y conceptuales, acceso a registros, archivos, fuentes y bases empíricas.

Tanto la coordenada de los cambios en las sensibilidades sobre el tiempo, así como la convivencia contradictoria de los dispositivos mediadores de la percepción, aprehensión, transmisión y de resguardo del conocimiento, nos han llevado a colocar en nuevos contextos interpretativos, los itinerarios intelectuales de la sociología en México, en un eje temporal que abarca más de cien años. Lo anterior ha posibilitado contar con un horizonte relativamente amplio para rastrear, investigar y reinterpretar algunos tramos de su desarrollo integrando dimensiones diacrónicas y sincrónicas. El estudio de varios universos escriturarios sobre la historia de la sociología y otras ciencias sociales en el siglo XX, constituyen un punto de inflexión con la actual fase de hiperespecialización en el siglo XXI al modificarse sustancialmente las relaciones entre registro, acumulación, transmisión y recepción del conocimiento. Explicar cómo se encuentran relacionadas estas dimensiones de la temporalidad, los dispositivos y mediciones y las tensiones en la conformación de los acervos de conocimiento, es el objetivo central del presente artículo.

Sin pretender ser exhaustivos en la exposición, sí pretendemos mostrar las razones de la interrelación que guardan estas dimensiones y visibilizar algunos de sus efectos en las prácticas científicas e intelectuales de las ciencias sociales. Esta conjetura es observable por ejemplo en la forma como se ha abierto paso el formato estandarizado del artículo científico como unidad textual preponderante, frente al libro. En no pocas ocasiones, circulan en las redes miles de capítulos de obras y artículos de revistas desprendidos, desgajados de la unidad de sentido a la que había estado integrado hasta hace no mucho tiempo, es decir, al volumen o al número de una publicación. Si tomamos como

unidad textual el número al que pertenece un artículo, identificamos elementos que claramente indican que el tipo de temporalidad implicada aquí es indicio de la emergencia de un conjunto de elementos caracterizados por la celeridad, la presión de tiempo, entre ellos la inmediata indexación, la declinación del número impreso frente a la versión digital, la compactación de los títulos, el resumen o *abstract*, las palabras clave, la extensión del artículo.

A la par de estos giros en el formato de las publicaciones científicas de las ciencias sociales, es frecuente que los objetos de investigación que abordan estos artículos, estén ubicados registros de análisis que hacen énfasis más en la sincronía sobre la diacronía; lo cualitativo frente a lo cuantitativo; la experiencia subjetiva e intersubjetiva frente a procesos y tendencias; las sensibilidades, las percepciones, las emociones y las identidades frente a estructuras o instituciones, así como una preocupación por fenómenos, movimientos sociales y grupos que han sido invisibilizados y/o excluidos de las agendas de las ciencias sociales, y que generalmente se aborden como estudios de caso descontextualizados, sin trazos de acumulación teórica o de sociohistórica. Podemos afirmar, por otra parte, que estas tendencias podían ya observarse desde hace al menos tres lustros en las revistas especializadas como *Estudios Sociológicos* o la *Revista Mexicana de Sociología*, pero que es en los últimos seis o siete años cuando dejan de ser marginales para convertirse abiertamente en tendencias predominantes que están replanteando los límites de la sociología y las ciencias sociales como disciplinas científicas. Lo anterior tiene como marco de interpretación un cambio de corte intergeneracional en el que

están de por medio las relaciones, no exentas de tensión, entre acumulación e innovación.

Otro factor dominante que explica los giros narrativos en la producción científica tiene que ver con los giros en los lenguajes teóricos y conceptuales que la teoría social enunció y tipificó, desde hace al menos cuarenta años, como modernidad inicial o temprana, por una parte, y modernidad (es) tardía(s), por otra. Su impacto es observable en el despliegue de nuestras prácticas, proyectos, agendas y relaciones intelectuales entre generaciones en dimensiones fundamentales: la reestructuración del tiempo y del espacio, el desgaste de la autoridad del canon clásico y contemporáneo y la hiperindividualización de intereses cognitivos. Como tendremos oportunidad de observar en las siguientes páginas, las narrativas en ciencias sociales se han transformado también como la consecuencia de la percepción y la experiencia subjetivas, las sensibilidades temporales evanescentes, las reservas frente al futuro, así como la formación de agendas, objetos y temas estrechamente relacionados con demandas procedentes de distinto tipo de movimientos y actores sociales.

Este panorama de problemas nos permite abordar las correlaciones entre sensibilidad temporal, dispositivos y artefactos de construcción narrativa en la sociología y otras ciencias sociales y en tres apartados: En “Comunidades de conocimiento, sociabilidad intelectual y algunos cambios en la sensibilidad temporal” se analizan los contrastes entre la orientación presente futuro, acumulación y linealidad de la modernidad temprana, con sus modalidades de aceleración y los giros en la temporalidad digital, sus ritmos y la configuración de los tiempos del instante. Asimismo, se plantean algunos puntos de contraste y

cambios en las modalidades de comunicación en estas comunidades de sentido. En el apartado titulado “La medialidad digital y las dificultades en la conformación de acervos de conocimiento”, se abordan el problema de los dispositivos como el códex y los artefactos digitales moldean y dan forma a los contenidos transmitidos en la producción científica, y a su vez sus efectos en la conformación, transmisión, recepción y resignificación de acervos de conocimiento. Finalmente, en el apartado “Los nuevos artefactos: giros en las prácticas de lecturas y escrituras en las sociedades postradicionales”, resulta posible realizar algunos planteamientos sobre los efectos de la digitalización en la producción del conocimiento científico, y algunas consecuencias de la hiperespecialización, la descontextualización, y los ritmos de la temporalidad digital en la producción científica de algunas ciencias sociales.

Comunidades de conocimiento, sociabilidad intelectual y algunos cambios en la sensibilidad temporal

Uno de los rasgos más visibles de los medios de la celeridad digital es que suprimen la distancia temporal entre la emisión de mensajes o informaciones visuales, auditivas, textuales, el momento de la recepción, y el de la posible recepción por parte de múltiples destinatarios anónimos situados físicamente en puntos distantes, pero sincronizados en un artefacto material cuya capa más visible es una pantalla, frecuentemente portable. Es decir, están estructurados por una temporalidad que se ubica en el registro del instante. Este tiempo, que también se nombra como tiempo real, tiempo de lo actual, de lo efímero y evanescente en modo alguno es nuevo; forma parte de procesos evolutivos de muy largo plazo, de una historia efectual que es necesario

identificar para tener puntos de partida para comenzar a comprender y explicar el alcance de las transformaciones epistemológicas que están de por medio en los cambios señalados hasta aquí.

Esa historia efectual nos muestra que no somos los primeros que nos interrogamos al respecto de este tipo de procesos y de sus efectos en la vida histórico-social, en instituciones, grupos y actores, o bien, como en este caso, sobre sus implicaciones en la producción de conocimiento. Georg Simmel, por ejemplo, reflexionaba hace más de ciento veinte años sobre la vida nerviosa en las grandes metrópolis de Europa, el ritmo acelerado que caracterizaba los intercambios, la impersonalidad de las interacciones y la “sobreexcitación” a la que estaban sujetos los individuos en ese contexto. Décadas después, en su célebre libro póstumo *Obra de los pasajes*, Walter Benjamin se adentró en la experiencia de la modernidad temprana a través de la reflexión sobre los pasajes comerciales como metáfora y como objeto de observación, advirtiendo los efectos que aquélla tenía en la estructura temporal de la sensibilidad humana, tales como la ruptura con el pasado y la memoria, la discontinuidad pasado-presente, la fragmentación y dispersión del tiempo, el énfasis en lo actual -visible en la moda- la velocidad de los cambios y, en general, lo que consideró como una desorientación temporal que equivalía a una patologización de los modos de vida, en clave de alienación. Para Benjamin, el presente, todo presente, se concretaba en las imágenes que le eran sincrónicas, en las que todo ahora era “el ahora de una concreta cognoscibilidad” (Benjamin, 2013, 741).

Pero la temporalidad que estos autores vivencian, experimentan, analizan y teorizan en sus propias coordenadas temporales, teniendo

claras líneas genealógicas con nuestro presente presentista, no es exactamente la misma. La modernidad inicial, desde luego, implicó procesos de desestructuración y de reestructuración espacio-temporal y societal que alteraron radicalmente instituciones, modos de vida e, incluso, la formación de los mundos internos de los actores, pero ello ocurría ante el telón de fondo de una confianza, ciertamente medida pero al fin confianza, en el futuro, así como en la acumulación y la transmisión de conocimiento racional como procesos intelectuales necesarios para moldearlo. Revisemos algunas coordenadas sociohistóricas de la primera modernidad que explican ciertas modalidades de la comunicación intelectual, la mediación de sus tecnologías y los efectos en la producción social del conocimiento.

Sabemos que la formación y extensión de nuevas comunidades de conocimiento entre los siglos XVIII y XIX requirió de medios de comunicación y de formas de sociabilidad intelectual que acercaron a actores que estaban alejados físicamente, pero cercanos “espiritualmente”, además de instituciones y lugares sociales, clasificaciones, teorías, métodos, procedimientos, etc. Fueron también necesarios medios de transporte, no solo de personas sino también de informaciones y diverso tipo de objetos (Boorstin, 1989). Por ejemplo, libros, revistas, cartas, archivos, documentos, instrumentos científicos, mapas, globos terráqueos, mapas, papel, tinta, o bien, ya en el siglo XIX, máquinas de escribir y cintas entintadas. Barcos y trenes, como grandes novedades técnicas en su momento, aceleraron la comunicación y también el cruce por el espacio de estos objetos; por ello, el conocimiento se pudo transmitir en menor tiempo a un número cada vez mayor de personas y lugares, en comparación con siglos anteriores

(Burke, 2012). Esos barcos y trenes representaron una compactación del espacio, como consecuencia de que se podía recorrer a velocidades muy superiores, por ejemplo, al carro tirado por caballos. Por otro lado, la invención del telégrafo, permitió la transmisión de información a través de distancias considerables por medio de señales eléctricas con lo que, por primera vez en la historia humana, pudo llegar un mensaje a su destinatario sin que lo transportara físicamente una persona. Estos cambios técnicos, no obstante, si bien permitieron reducir los plazos que mediaban, por ejemplo, entre la producción, publicación y recepción de un escrito científico por parte de estudiosos y comunidades intelectuales; entre la localización de un libro, colección o fuente y el acceso físico a ello, en modo alguno los suprimieron.

Así, entre los siglos XVIII y XIX, en el contexto de la aceleración de la circulación de información e ideas, de expansión de una esfera pública, de crecimiento cuantitativo del conocimiento, y de consolidación de la ciencia como institución plenamente reconocida y acreditada en la sociedad, surgieron innovaciones que representaron una reducción de los tiempos que requería lo que, genéricamente, podemos llamar producción científica. Se aceleró la creación de índices, listas bibliográficas, sistemas de clasificación e indexación, catalogación, preservación de acervos acumulados, haciendo más eficientes las prácticas intelectuales, pero sin modificar radicalmente su estatuto. Es decir, el contenido y la experiencia cognitiva de lo que se llamó aceleración en esos contextos intelectuales y sociales redefinieron de forma significativa, pero en modo alguno radical, los ritmos que articularon las prácticas implicadas en la producción de conocimiento.

Hubo, en los siglos señalados, discusiones relativas a las implicaciones experienciales y temporales del uso de nuevas técnicas y artefactos, pero predominó el entusiasmo y la confianza en el progreso de la sociedad, y la certeza de que el conocimiento racional sería su fundamento principal. Es en tramos más remotos de la historia efectual de las formas de sociabilidad intelectual y sus prácticas, donde podríamos encontrar preguntas similares a las que hoy nos hacemos, en nuestra calidad de observadores, ante los cambios que representa la expansión de acervos de conocimiento digitalizados y sus efectos.

Así, en la antigüedad griega hay registro de las duras críticas a las que fue sometida la escritura como práctica que desplazaba la oralidad, y con ella, a la memoria viva. Se pensó que los palacios de la memoria estaban amenazados por la fijación material que representaba lo escrito. Algo semejante ocurrió, hacia los primeros siglos de la era cristiana, con la transición del libro en rollo al codex, rompiendo con un artefacto, con una invención técnica y cultural y un formato de registro material que había estado vigente cerca de tres mil años (Scolari, 2022). La imprenta de Gutenberg acelera y reduce los costos de la producción del libro, pero no representa una amenaza para el codex, que sigue siendo el formato universal del libro impreso hasta nuestros días (Chartier, 2000; Chartier y Burucúa, 2018). No obstante, su potencial democratizador despertó múltiples inquietudes sobre las consecuencias negativas que podía representar extender la lectura y la escritura más allá de las élites religiosas, políticas e intelectuales a las que habían estado reservadas durante milenios.

Si asociamos la perspectiva diacrónica con la sincrónica, podemos advertir que, hasta hace poco tiempo, una nueva técnica no

desplazaba necesariamente a las anteriores, por lo menos, no en plazos cortos. Autores como Robert Darnton (Darnton, 2009) demuestran que los libros manuscritos continuaron produciéndose bastante tiempo después de la invención de la imprenta de Gutenberg; los periódicos no desaparecieron al libro impreso; la radio coexistió con los periódicos. En el siglo XX, la televisión no fue una amenaza para la radio. No es claro aún si este será también el caso de los medios digitales; lo que sí es posible afirmar, a casi cuatro décadas de su irrupción societal, es que como contemporáneos del presente de las primeras décadas del siglo XXI, vivimos una transición en la que coexisten prácticas y tecnologías comunicativas anteriores, con las nuevas medialidades digitales, no sabemos por cuánto tiempo más.

La historia de los medios que hoy, por contraste con nuestra experiencia temporal, podemos adjetivar en términos relativos como lentos, coincide con las coordenadas de la modernidad futurista, que tanto confió en que el porvenir sería un tiempo de mejora continua. A diferencia de ello, mediación digital emerge en un mundo que hace tiempo ya dejó atrás esa confianza, para dar paso a un tipo de sensibilidad temporal que dificulta identificar vínculos significativos en el pasado (sea el de la historia, la tradición o la autoridad), y tampoco en ese tiempo empíricamente inexistente que es el futuro, pero que presentificamos social y simbólicamente a través de la formación de expectativas, sean estas positivas o negativas o se ubiquen a nivel de la conciencia práctica o la conciencia discursiva. El ascenso de los medios digitales se entrecruza así con el predominio de una experiencia de la temporalidad que puede ser inteligible bajo nociones como presentismo, tiempo atomizado, presente extendido, tiempo

exasperado, entre las posibilidades conceptuales más relevantes historiográficamente.

La medialidad digital y las dificultades en la conformación de acervos de conocimiento

La realidad histórico-social, la historicidad y la distancia temporal entre observador y observado, el lugar social, la institución, la ley de un grupo, la disciplina, las mediaciones conceptuales y procedimentales, las selecciones y exclusiones, la argumentación, el paso del tema al objeto y las prácticas intelectuales necesarias para investigarlo, la distinción entre información cruda y conocimiento, la fijación por la escritura, la contrastación intersubjetiva del conocimiento por parte de una comunidad intelectual y otros problemas de los que se ocuparon estos autores, muestran hoy los indicios de algunas de las consecuencias más relevantes de la capa más reciente de lo que, historiográficamente, puede entenderse como la historia efectual de nuestras formas de sociabilidad y prácticas intelectuales.

Si en nuestros campos de conocimiento hasta hace no mucho tiempo pudimos dar por sentada la continuidad intergeneracional, la producción, acumulación, transmisión y potencial recepción de tradiciones, legados y acervos de conocimiento en general, los efectos agregados de los cambios técnicos implicados en el paso de los medios de comunicación de masas a la medialidad digital que caracteriza la actual etapa de hiperespecialización de las disciplinas como la sociología y otras disciplinas histórico-sociales, nos evidencian que estamos frente a un “aviso” de que es posible que ya no esté asegurada dicha continuidad. Es decir, habríamos encontrado un obstáculo, una fisura que indica que surge un problema que ya no podemos pasar por alto y

exige la revisión y ponderación de los acervos acumulados. Por ejemplo, algo no sucede como se tenía previsto; una teoría, un concepto, un legado pierde valor heurístico; surgen cuestionamientos relativos a la validez de ciertas perspectivas, lenguajes conceptuales, enfoques, procedimientos, y en consecuencia, pierde peso su transmisión para dar lugar a nuevas selecciones temáticas, formación de agendas y objetos de investigación en nuestras comunidades de conocimiento, que reclaman herramientas intelectuales nuevas para abordarlos.

En conjunto, lo anterior representa tanto un conjunto de presiones y exigencias como potentes estímulos intelectuales para sus integrantes y, también, para las instituciones de las que forman parte, en el sentido de que se vuelve imprescindible una actitud reflexiva que permita ponderar y reinterpretar lo acumulado, como punto de partida para hacer inteligible lo nuevo, así como para identificar qué aspectos de nuestros acervos de conocimiento se pueden conservar y es aún posible y pertinente transmitir, y cuáles es necesario corregir, reinterpretar, y en su caso, excluir. Todo ello atravesado por un sentido de urgencia que equivale a una presión de tiempo.

Es claro que esta exigencia ha sido recurrente en nuestras ciencias, desde sus orígenes como disciplinas institucionalizadas, hasta la actualidad. Lo que difiere hoy día es la velocidad a la que han tenido lugar los cambios enunciados arriba, y el papel que en este ritmo temporal ha tenido la medialidad digital. No es un cambio que siga el patrón de regularidad de otros que han experimentado las disciplinas que cultivamos. En este sentido es posible referirse las primeras generaciones de científicos sociales que egresaron de la entonces Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad

Nacional Autónoma de México, para deslindarse de los abogados-sociólogos a los que se debió, en 1951, la creación de la institución de la que egresaron. Buscaban reorganizar y replantear lo que podían y debían ser las ciencias sociales en un país en el que ganaban visibilidad los efectos secundarios indeseados de los procesos de modernización alemanista hacia finales de los años cincuenta. Lo anterior implicó una ruptura intergeneracional que abrió paso a nuevos liderazgos, perspectivas, temas, objetos, teorías, métodos y registros de investigación que delinearon (una vez más) la idea de ciencias comprometidas con la sociedad, decantando todo ello en la supresión de acervos y legados completos que ya no fueron transmitidos. No sobra señalar que esto ocurría en el contexto societal y experiencial de una modernidad futurista que confiaba en que el conocimiento racional aportaría insumos para resolver los principales problemas sociales de México, y que precisamente esa confianza en el porvenir fue un potente estímulo para la consolidación de las instituciones de conocimiento dedicadas a su cultivo de las que somos parte en la actualidad. Entre esa confianza y nuestra reserva presentista ante el futuro, hay una distancia temporal de poco más de medio siglo. Si las primeras generaciones de practicantes de las ciencias sociales en México pudieron operar con la certeza de la continuidad predecesores-contemporáneos-sucesores, hoy esto resulta cada vez más complicado, sobre todo considerando que una de las consecuencias más visibles de ello es el cambio de sensibilidad temporal que representa.

La importancia que tiene para la historiografía y las disciplinas histórico-sociales analizar los indicios señalados, radica en que conllevan no sólo cambios de orden teórico, conceptual, procedimental

y empírico, sino también, epistemológico y ontológico. Es decir, afectan lo que entendemos por realidad(es) y los procedimientos que consideramos viables para tratar de hacerlas inteligibles racionalmente, es decir, conocerlas. Sabemos que nuestros campos de indagación disciplinarios están, como la sociedad en su conjunto, sujetos a la historicidad y que la reflexión sobre los vínculos entre sincronía y diacronía, entre los mundos de la vida y los mundos de la observación, entre expectativa y resultados no es nueva, sino que ha acompañado sus itinerarios intelectuales, desde las etapas fundacionales, hasta la hiperespecialización que hoy los caracterizan. Este trabajo sería un fragmento ínfimo del eslabón más reciente de la cadena temporal antecesores-contemporáneos-sucesores que estructura la producción, registro, acumulación, transmisión y recepción de conocimiento. Estos procesos están moldeados por una historia efectual que no se limita a las condiciones internas a las disciplinas histórico-sociales; abarca también las demandas extra-científicas que contribuyen a definir intereses, objetos, perspectivas y proyectos de futuro que, en paralelo, son parte relevante de las condiciones de posibilidad de nuestro trabajo como practicantes de aquéllas.

La celeridad del tipo de cambios sociales que como contemporáneos hemos experimentado en los últimos lustros - incluyendo la ruptura súbita de las coordenadas espacio-temporales que significó la pandemia de 2020 y los cambios geopolíticos más recientes- desafían los acervos de conocimiento de sentido común que orientan a los actores en sus mundos de vida. Pero, sin duda, también los acervos de conocimiento especializado que son (¿eran?) aquellos de los que partimos los observadores del pasado en la inacabada tarea de generar

una inteligibilidad válida, que muestran una tensión entre lo acumulado y lo “nuevo”. En ambos casos, estos acervos operan como mapas del mundo que permiten orientarnos y seguir adelante con nuestros planes y proyectos; están a la mano, es decir, presentificables en cualquier coordenada espacio-temporal; permiten reducir la complejidad de lo real a partir de tipificaciones cuyo medio de integración central es el lenguaje. Su potencial orientador radica en que se da por sentada su validez hasta nuevo aviso (Schutz, 1972) que es, en términos prácticos, una presión de lo real que mueve a la reflexión sobre lo que hasta entonces se consideraba a-problemático a fin de ponderar, jerarquizar, evaluar desechar los elementos de aquéllos que se considera que ya no son pertinentes, e integrar lo “nuevo” para continuar produciendo una inteligibilidad válida sobre el mundo histórico-social, en sus múltiples dimensiones.

Los acervos de conocimiento se estructuran y sedimentan diacrónicamente, abarcando usos, prácticas, elementos simbólicos, hábitos intelectuales, así como universos textuales; están estructurados temporalmente, por lo que les es intrínseco un estatuto histórico y cultural, además de social. Teóricamente estos acervos son asequibles para todo integrante de nuestras disciplinas. Sin embargo, sabemos que la adscripción a determinadas especialidades, la adhesión a ciertos intereses y valores, así como los intereses temáticos, orientaciones teóricas, conceptuales y órdenes de observación diferenciados que desplegamos en la investigación, decantan en acervos heterogéneos cada vez más específicos, en parcelas más o menos acotadas y manejables. Lo anterior no obsta para que los acervos de conocimiento como tales, estén potencialmente disponibles para cualquier practicante;

solo significa que, en los hechos, en los acervos realmente accesibles a cada quien, hay franjas comunes y franjas referidas a las especializaciones implicadas. Queda abierta la cuestión relativa a si es, hoy día posible seguir dando por sentada la existencia de esos acervos de conocimiento efectivamente compartidos o si, por lo contrario, sólo podríamos aspirar a la elaboración de saberes al menos comunicables.

El ascenso de los medios digitales en las instituciones de conocimiento ha ensanchado los límites de lo que eran los acervos de conocimiento registrados, conservados y acumulados gracias a la fijación material que es la escritura, se fijaban bajo la forma de artículo, nota de investigación, reseña, libro, colección, memoria institucional u otro tipo de textos. También cobraban forma como fuentes, fondos documentales, archivos, bibliotecas, etcétera. La digitalización de porciones relevantes de los legados clásicos y contemporáneos de las ciencias histórico-sociales, ha abierto posibilidades muy amplias de acceso a obras, fondos documentales, textos, acervos, bases de datos, revistas especializadas, que pocos hubiesen podido imaginar hasta hace, históricamente, muy poco tiempo. Esto, junto con la compactación de los plazos entre la emergencia de un interés temático, su conversión en objeto acotado, su investigación y la producción de un resultado escrito y comunicable, la dictaminación por pares y publicación (hoy predominantemente digital) harían necesario re-enunciar lo que, de un modo u otro, autores tan relevantes para la historiografía como Hans G. Gadamer, Max Weber, Alfred Schutz, Michel de Certeau, Paul Ricoeur, o bien, Roland Barthes y Michel Foucault, plantearon sobre las relaciones entre realidad, pensamiento y conocimiento. Asimismo, implicaría plantear la vigencia de numerosas categorías relativas a la

investigación, por ejemplo: lenguajes conceptuales, comunidades intelectuales, escritura, discurso escrito, publicación, autoridad, autoría, autor, lector, entre muchas otras nociones fundamentales para la historiografía.

Los nuevos artefactos: giros en las prácticas de lecturas y escrituras en las sociedades postradicionales

En un tiempo históricamente muy corto, nuestras comunidades disciplinarias e interdisciplinarias (al igual que las sociedades mismas) han tenido que integrar a sus acervos de conocimiento y saberes prácticos, elementos que pueden ser comprendidos y explicados, como sub-regiones del presentismo como tendencia societal y como estructura temporal que modifica las relaciones entre presente, pasado y futuro. Dijimos al principio de este escrito que la experiencia de la temporalidad humana, si bien en nuestras sociedades se ordena predominantemente en clave presentista, subordina pero no anula otro tipo de experiencias temporales, conformando una especie de mosaico complejo en el que coexisten, se combinan, se entrecruzan y yuxtaponen distintas modalidades de experiencia temporal. Historiográficamente es relevante distinguir conceptualmente dentro de este mosaico, temporalidad social, temporalidad histórica y, para efectos de los propósitos de este trabajo, temporalidad digital.

La primera se refiere a las modalidades con que las comunidades humanas experimentan y organizan el tiempo en sus interacciones cotidianas, a fin de coordinarlas y estabilizarlas; están definidas por ritmos colectivos asociados a ciclos laborales, festividades, tradiciones, y un amplio rango de dimensiones que implican contextos culturales, políticos y económicos en un presente determinado, entendido como el

tiempo reservado a los proyectos y las acciones. La temporalidad histórica, por su parte, alude a las modalidades de percepción y representación del tiempo a través de una cadena intergeneracional que abarca presente, pasado y futuro, es decir, el mundo de los contemporáneos de una infinidad de presentes; el mundo de los predecesores, ontológicamente concluido, clausurado, pero abierto a la interpretación en cualquier presente posterior; y el mundo de los sucesores, siempre hipotético, incierto y abierto. Historiográficamente entendida la temporalidad digital, ante el fondo del presentismo, se refiere a una percepción del tiempo mediada y programada algorítmicamente, y en consecuencia, caracterizada por la instantaneidad, el flujo incesante de instantes dispersos, la discontinuidad, la asincronía y la fragmentación, así como por una actualización incesante. Estos rasgos condicionan la supresión de los intervalos entre emisión y recepción, recrudecen la difuminación no solo del pasado y del futuro, sino también del presente como horizonte, en tanto la centralidad recae, no en el hoy o el ahora, sino en el instante.

En el caso de nuestras prácticas intelectuales como parte de comunidades interesadas en la investigación del pasado, tenemos una experiencia rutinaria de este complejo mosaico. Por ejemplo, estamos expuestos a la presión de tiempo que representan exigencias prácticas organizadas institucionalmente en el marco de la producción científica y del conocimiento original, nuevo y reciente en plazos cada vez más cortos. También se tiende a dar una gran relevancia a procesos de actualización de planes y programas de estudio, bibliografías, temas, objetos; a registrar en distinto tipo de plataformas los resultados que arroja nuestro trabajo en plazos muy reducidos, por ejemplo,

trimestrales o anuales. Pero, por otro lado, las operaciones epistemológicas que median la producción de esos resultados no pueden responder más que al tiempo lento de la cognición y a procesos de acumulación, transmisión y resignificación de legados intelectuales, con o sin mediaciones digitales.

Sin duda, esta presión tiene grandes afinidades con el tiempo del instante de la medialidad digital. El acceso inmediato a grandes volúmenes de textos, libros, documentos, artículos, notas, bibliografías es, sin duda, un logro cultural y una ventaja invaluable con la que no contaron nuestros predecesores y que no es posible minimizar. En un plazo históricamente muy corto, poco más de treinta años en nuestros medios intelectuales, fuimos integrando elementos, gestos, saberes básicos relativos a novedades técnicas que han ampliado, diversificado y complejizado, los límites de nuestros acervos de conocimiento que se produjeron potencialmente a mano: búsquedas bibliográficas en ficheros, archivos, historia oral y entrevistas y visitas a acervos de bibliotecas que hoy parecen obsoletos. Llegaron del mundo de los especialistas en informática y diseño, aparatos y dispositivos técnicos, cada vez más portátiles, que reestructuraron muchas de nuestras prácticas, y con ello, acotaron la temporalidad lenta (comparada con los ritmos actuales) de la organización temporal que les subyacía. A partir de entonces, dio inicio un proceso que llevaría a la disminución del uso de computadoras que hoy, por contraste, entendemos que estaban cerradas y aisladas entre sí; a ellas les sucedieron nuevos tipos de artefactos que traspasarían esa condición hasta llegar a la autorregulación, interconexión, sincronización y “automejora” que les caracteriza hoy.

Decisiones institucionales relevantes hicieron llegar a nuestros escritorios computadoras personales que coexistieron un tiempo muy corto con las máquinas de escribir mecánicas y eléctricas que habían agilizado nuestra escritura hasta entonces y que terminaron por desaparecer. Nuestras comunidades tuvieron que aprender rápidamente a descifrar, en términos prácticos, cómo relacionar comandos en una pantalla negra con caracteres en blanco, cómo enviar un correo electrónico, cómo adjuntar un archivo de texto y cómo usar esa entidad que llamamos *word*, sin saber necesariamente que era un software para procesamiento de texto; era suficiente entender que podríamos corregir la escritura de un texto o documento de forma inmediata y eficiente, sin tener que reescribir cuartillas completas. Comenzamos a usar términos hoy en desuso, como diskette, al tiempo que reinterpretamos la noción memoria; hacia el final del siglo XX aprendimos a usar motores de búsqueda, a rastrear bases de datos y a usar algunos recursos digitales. Al término del siglo pasado y comienzos del actual, declinó el hábito de fotocopiar libros, se redujo la frecuencia de la escritura manuscrita, entre otros cambios relevantes, y en su momento, imperceptibles. Esto, sin duda, hizo más eficientes algunas de nuestras prácticas; aunque seguimos leyendo libros, artículos y documentos impresos, creció geométricamente la lectura de textos electrónicos, pre-seleccionados, ordenados y accesibles por programas algorítmicos cuya lógica técnica desconocemos y a los que también tenemos acceso de forma fragmentada por capítulos.

Sabíamos, de un modo vago e intuitivo, que se estaban transformando dimensiones fundamentales de nuestras prácticas intelectuales, pero en modo alguno anticipamos sus alcances, y mucho

menos, que la comunicación electrónica que se abrió paso en esos años, afectaba las estructuras temporales de la producción, registro, acumulación, transmisión y recepción de conocimiento. Y que perdía vigencia también nuestra adaptación a los tiempos lentos de los recorridos físicos, los trámites y las esperas (que podían ser de varios días o semanas) para conseguir (no acceder) un libro, un documento o una obra impresa. Prueba de ello es que, en la medialidad digital contemporánea puede crisar al usuario el que la descarga de algún archivo tarde medio minuto en vez de diez segundos, por ejemplo. La desaparición del vínculo espacio temporal para el acceso de los recursos para el acceso a la información, marca nuevas aceleraciones que marcan la prisa, la presión de tiempo, la impaciencia, la saturación y la sobrecarga creciente de estímulos perceptivos. Estas experiencias se instalaron en nuestras prácticas, modificando con ello la estructura misma de la economía de la atención y otras funciones cognitivas, entre ellas, la capacidad de concentración sostenida y la lectura profunda.

Los elementos nuevos más notables en las prácticas fueron, por ejemplo, la lectura de textos que ya no estaban contenidos en la materialidad de un objeto impreso, (ya fuese libro, nota, artículo, carta) sino en una pantalla; buscar un libro, un artículo, un texto, un dato, ya no solo en espacios físicos como una biblioteca, una hemeroteca, un archivo o un centro documental, sino en bases de datos donde lo encontramos ya no como parte de un volumen u obra, sino como un texto desprendido, sin contexto, sin referencia clara a la unidad de sentido de la que formó parte en su variante impresa; o bien, sin los elementos físicos y de contigüidad material que nos aportan la biblioteca, los centros documentales, los archivos o las clasificaciones

temáticas y disciplinarias. Los protocolos, los algoritmos, las plataformas, en suma, los objetos digitales adquirieron un alcance enorme, reestructurando con ello formas de percepción, de atención, de lectura, de escritura, de acumulación, interrogación, transmisión y recepción del conocimiento. Prueba de ello es que tratamos rutinariamente con informaciones que “surgen” incesantemente en los entornos digitales, sin intencionalidad de por medio, y la lectura rápida y superficial que con frecuencia va asociada a ello. Esto es consecuencia de que los artefactos de la medialidad digital funcionan de forma cada vez más acelerada, bajo ritmos temporales que resultan inasibles para la percepción humana.

Dichas informaciones se presentifican en nuestras pantallas en estado crudo, dicho metafóricamente. Están a mano de forma inmediata, masiva, potencialmente vinculada a otras que un sistema técnico algorítmico detecta, más sintáctica que semánticamente, como significativas para nuestras búsquedas hiperindividualizadas. Si como integrantes del mundo de la vida podemos establecer equivalencias entre esas informaciones y el estatuto de lo que es el conocimiento, como parte de comunidades disciplinarias e interdisciplinarias la exigencia es no confundirlos. Los formatos digitales producen efectos de sentido en los que la línea que demarca la mera información de un saber racional válido se difumina muy fácilmente. Podrá decirse que lo mismo ha sucedido históricamente con los textos impresos, pero hay una diferencia radical al respecto: la infinitud, el alcance masivo y avasallante de la información disponible es de una magnitud tal, que rebasa inevitablemente las capacidades de percepción y comprensión de un ser humano. Por ello, eventualmente, pocos están exentos de

confundir palabras clave con conceptos; una metodología o procedimiento con un software; la hiperconexión y el acceso a grandes cantidades de información con un proceso de aprendizaje. También tienen lugar confusiones donde los resultados de cierto número de búsquedas se convierten directamente en el corpus o base empírica de una investigación, sin considerar todo aquello que está excluido de los universos textuales digitales, sus contextos y limitaciones.

Otra dimensión en la que es necesario reparar, es la inestabilidad de esas informaciones. Lo escrito siempre ha sido susceptible de ser transmitido, reinterpretado, retomado, reciclado, apropiado, imitado, transcrito, copiado, plagiado, etcétera. O bien, suprimido, olvidado, borrado o destruido. Pero la materialidad y fijeza de lo impreso siempre permitió el contraste, el cotejo, el establecimiento de las autorías, la evaluación crítica, la ponderación, la identidad y autenticidad de los textos. Las materialidades textuales también hicieron posible que la lectura de un fragmento o pasaje seleccionado se encontrara físicamente ubicados y contenido en la totalidad de la obra, es decir, su unidad de significado (Chartier y Burucúa, 2018.) La estabilidad de lo escrito, en cambio, disminuye en entornos digitales, en tanto puede aparecer en una pantalla disociado de una obra en específico, estar a la mano en una infinidad de formatos y lenguajes, cada uno con su propia lógica. Por ejemplo, un texto escrito en *word* inevitablemente será modificado en algún nivel cuando se le incluya en una base de datos, o bien, cuando nos equivoquemos al seleccionar la versión adecuada para leerlo y la pantalla muestre una serie de caracteres ininteligibles para un lego. O cuando lo transferimos de una carpeta en nuestro aparato, a la red, ese texto podría ser cambiado, intervenido o borrado. Puede afirmarse, en

consecuencia, que la inestabilidad es inherente a la textualidad digital, y que ello es, simultáneamente, efecto e índice de la temporalidad del instante, de la hiperconectividad y fluidez algorítmicas.

La celeridad que conllevó la redefinición de las prácticas a las que hemos hecho referencia, contrasta con una condición ontológica y epistemológica medular de la producción de conocimiento: el tiempo lento, en términos relativos, si no comparamos con esa fluidez algorítmica. El acceso a la información puede ser instantáneo, puede darse en el tiempo fragmentado y atomizado de la medialidad digital, pero no su procesamiento epistemológico para producir un saber válido. Seleccionar y excluir, ordenar, jerarquizar, contrastar, discriminar, ponderar, analizar, sintetizar y enunciar un discurso escrito intersubjetivamente acreditado por pares, responden al tiempo lento del pensar, del reflexionar, no al instante sincrónico, flotante, fluido y disperso del medio digital. Esto, que pareciera obvio, no lo es en la práctica y lleva a formular algunas preguntas epistemológicas medulares para la observación historiográfica y que se relacionan, no solo con el obvio problema de qué objetos digitales pueden ser fuentes válidas y cuáles no, sino también con la necesidad de repensar, a partir de autores como Gadamer, De Certeau o Ricoeur, cómo podríamos producir una inteligibilidad válida sobre el pasado que incorpora ya, en los hechos, insumos, materialidades y temporalidades digitales. Temporalidades que están integradas pre-reflexivamente en nuestros horizontes, situaciones, círculos hermenéuticos, expectativas, lenguajes conceptuales y, en general, en los procesos de registro, producción, acumulación, transmisión, recepción de conocimiento. Con ello, se han vuelto

híbridos, por lo que están afectados por un entrecruzamiento de temporalidades heterogéneas que aún no hemos desentrañado.

Conclusión provisional

Nuestras disciplinas están, una vez más, en proceso de redefinición. Sus perfiles, demarcaciones, autocomprensiones, perspectivas, registros de análisis, proyectos, agendas y objetos están cambiando a ritmos intra-generacionales que están correlacionados con el ascenso de la medialidad digital, así como con demandas extra-científicas condicionadas por nuevas sensibilidades y percepciones procedentes de los mundos de vida que operan como estímulos intelectuales que han modificado nuestras prácticas y objetos.

La experiencia de la temporalidad efímera, discontinua, fragmentaria y evanescente propia de la medialidad digital, en correlación con tendencias sociales de corte presentista, como argumentamos antes, entran en tensión con la temporalidad dilatada de la reflexión y el análisis, así como con legados acumulados, tradiciones, posibilidades de transmisión y recepción intergeneracional; esto encierra, sin duda, oportunidades y riesgos epistemológicos que solo podrán ser gestionados intelectualmente a partir de una autocomprensión disciplinar e interdisciplinar diacrónica. En conjunto, podemos pensar la complejidad de nuestra experiencia subjetiva e intersubjetiva de la temporalidad en este contexto, a partir de la metáfora geológica de Koselleck: como un magma en movimiento que agrega y yuxtapone capas, estratos, relativos a distintas sensibilidades y percepciones temporales con distinto espesor, que mantienen relaciones no lineales entre sí. El estrato más reciente que se agrega a

este espacio de experiencia sería el de la evanescencia del instante de la medialidad digital, ante el fondo del presentismo como régimen de historicidad (Hartog, 2007 y 2022).

La digitalización ha modificado nuestras prácticas intelectuales en estrecha conexión con la forma en que percibimos y experimentamos el tiempo; la inmediatez, la discontinuidad y la fragmentación temporal propia de los objetos digitales nos envuelve en una red de instantes desarticulados que representan un desafío para la acumulación y los procesos de aprendizaje. Ello plantea problemas significativos para nuestras disciplinas y campos de conocimiento, en particular para la historiografía. La integración de herramientas digitales en nuestras prácticas es, sin duda, un logro cultural inmenso; no obstante, es también un proceso que requiere ser investigado en profundidad para comprender sus alcances, y sus implicaciones epistemológicas y procedimentales.

La velocidad que en este contexto atraviesa los procesos de registro, acumulación, transmisión y recepción del conocimiento, lleva a repensar problemas historiográficos fundamentales, como lo son la continuidad intergeneracional, el estatuto de los legados intelectuales acumulados en este campo de reflexión, sus posibilidades de transmisión y recepción. Conduce a refrendar la necesidad de la distancia y la vigilancia epistemológicas como condiciones para procesar reflexivamente la ausencia de contexto, la fragmentación y el autocierre en la hiperespecialización que conllevan potencialmente la temporalidad digital. Lo anterior aumenta las probabilidades de que el conocimiento que producimos sea relevante, riguroso y contribuya a equilibrar su velocidad con la reflexividad que caracteriza a las disciplinas histórico-

sociales. No ignoramos que esta distancia se vuelve problemática en contextos de hiperespecialización y de identidades e identificaciones de corte práctico que, en los mundos de vida, implican cercanía subjetiva e intersubjetiva con los problemas sociohistóricos que, eventualmente, son elaborados como problemas historiográficos.

Estos problemas podrán ser encarados asumiendo reflexivamente el espacio de experiencia acumulado, a partir de preguntas significativas para este presente, abriéndolo al futuro de la inacabada tarea de interrogar y convertir distintos pasados-presentes en discursos historiográficos. Ello requiere una reflexión teórica y conceptual en la historiografía y en las ciencias sociales que reconozca que el acceso inmediato a informaciones no equivale a comprensión histórica. Asimismo, implica comprender que el sentido de continuidad pasado-presente-futuro como condición de una inteligibilidad relativa al mundo histórico-social, adquiere una relevancia aun mayor bajo la temporalidad digital. Lo anterior conlleva que la innovación emerja a partir de la tensión entre las relaciones entre experiencia y expectativa. La viabilidad intelectual de las estrategias epistemológicas que habrá que articular para ello dependerá, al menos parcialmente, de usos reflexivos de la medialidad digital que abran y comuniquen horizontes. Se trata de deslindar nuestras prácticas de autocontenerse sólo en el instante y su escaso horizonte y de contextualizar nuestros objetos hiperespecializados, nada más. Pero nada menos.

Bibliografía

- Baron, N. (2015). Words on Screen: The fate of reading in a digital world. Oxford University Press.
- Benjamin, W. (2013). Obra de los pasajes. Madrid, Abada, eds. Vol. I.
- Blanco, J. y Berti, A. (2013). “¿Objetos digitales?” Ponencia presentada en el IV Coloquio Internacional de Filosofía de la Tecnología. Tensiones, continuidades y rupturas, Universidad Abierta Interamericana, Buenos Aires. Recuperado el 10 de noviembre de 2024 en <https://www.aacademica.org/agustin.beriti/42.pdf>
- Blumenberg, H. (2011). Descripción del ser humano. Cd. de México, Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Boorstin, D. J. (1989). Los descubridores. Barcelona, Ed. Crítica.
- Buckhardt, M., & Hofer, D. (2017). Todo y nada. Barcelona, Ed. Herder.
- Burke, P. (2009). Historia social del conocimiento Vol. II. De la Enciclopedia a Wikipedia. Barcelona, Ed. Paidós.
- Chartier, R. (2000). Las revoluciones de la cultura escrita. Barcelona, Ed. Gedisa.
- Chartier, R. y Burucúa, J.E (2018). El libro, el texto y la lectura. Buenos Aires, Ed. Teseo. Recuperado el 23 de diciembre de 2024 en <https://es.scribd.com/document/621822683/CHARTIER-Que-es-un-libro>
- Cruz, M. (2016). Ser sin tiempo. Barcelona, Ed. Barcelona, Ed. Herder.
- Cruz, M. (2025). “La actualidad. Un presente exasperado”. Recuperado el 5 de enero de 2025 en https://reunir.unir.net/bitstream/handle/123456789/11866/73-80_presente_inesperado.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Darnton, R. (2009). The case for books: Past, present and future. New York, Public Affairs.

- Ferraris, M. (2008). ¿Dónde estás? Ontología del teléfono móvil. Barcelona, Marbot Ediciones.
- Flusser, V. (2023). El universo de las imágenes técnicas. Elogio de la superficialidad. Buenos Aires, Ed. Caja Negra.
- (2005). “La Sociedad alfanumérica”. Revista Austral de Ciencias Sociales 9, 95-110. Recuperado el 7 de diciembre de 2024 de <https://es.scribd.com/document/464890657/Sociedad-Alfanumerica-Convertido>
- Gadamer, H.G. (2000). El problema de la conciencia histórica. Madrid, Ed. Tecnos.
- Han, B.C. (2014). En el enjambre. Barcelona, Ed. Herder.
- Han, B.C. (2016). El aroma del tiempo. Barcelona, Ed. Herder.
- Han, B. C. (2021). No cosas. Quiebras del mundo de hoy. Barcelona, Herder.
- Han, B. C. (2022). Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia. Barcelona, Ed. Taurus.
- Hartog, F. (2022). Cronos. Cómo Occidente ha pensado el tiempo, desde el primer cristianismo hasta hoy. México, Siglo XXI Editores.
- Hartog, F (2007). Regímenes de historicidad. Cd. de México, Universidad Iberoamericana.
- Heidegger, M. (s.f.). La pregunta por la técnica. Recuperado el 25 de octubre de 2024 de <https://es.scribd.com/document/395012475/Heidegger-La-Pregunta-Por-La-Tecnica>
- Hui, Y. (2016). Sobre la existencia de objetos digitales. Prensa de la Universidad de Minnesota. Recuperado 30 de octubre del 2024 de <https://es.scribd.com/document/733338842/Yuk-Hui-Objetos-Digitales>
- Hui, Y. (2024). Cybernetics for the 21st Century, Vol. I: Epistemological reconstruction. USA, Hanart Press.

- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Ed. Paidós.
- Koselleck, R. (2012). *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político-social*. Madrid, Ed. Trotta.
- Mark, G., Gudith, D., & Klocke, U. (2009, abril). "The cost of interrupted work: More speed and stress". Conference Paper, Human Factors in Computing Systems, Florence, Italy. Recuperado el 3 de diciembre de 2024 de <https://ics.uci.edu/~gmark/chi08-mark.pdf>
- Moya López, L. A., y Olvera Serrano, M. (2016). "Cien números de Estudios Sociológicos. Itinerarios intelectuales y acervos de conocimiento, 1983-2014". *Estudios Sociológicos*, XXXIV, 2-58.
- Moya López, L. A., y Olvera Serrano, M. (2019). "La Revista Mexicana de Sociología, sus conmemoraciones y la experiencia del tiempo". *Revista Mexicana de Sociología*, 81(4), 881-912.
- OpenAI. (2024). Respuesta generada por ChatGPT sobre digitalización de textos físicos a nivel mundial, 13 de diciembre de 2024.
- Ricoeur, P. (1996). *Tiempo y narración III*. Cd. de México, Siglo XXI.
- Sadin, E. (2018). *La humanidad aumentada. La administración digital del mundo*. Buenos Aires, Ed. Caja Negra.
- Sadin, E. (2023). *La vida espectral. Pensar la era del metaverso y las inteligencias artificiales generativas*. Buenos Aires, Ed. Caja Negra.
- Schutz, A. (1972). *La fenomenología del mundo social*. Barcelona, Paidós.
- Schutz, A., & Luckmann, T. (1977). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu.
- Simmel, G. (2005). "La metrópolis y la vida mental." *Bifurcaciones* [on line], num.4. Recuperado el 16 de octubre del 2024 de <https://es.scribd.com/document/252823152/SIMMEL-La-Metropolis-y-La-Vida-Mental>

Scolari, C. (2022). La guerra de las plataformas: Del papiro al metaverso. Barcelona, Ed. Anagrama.

Silverio, M. (2024). “Estadísticas y usuarios activos de TikTok”. Recuperado el 7 de enero de 2025 de <https://www.primeweb.com.mx/tiktok-estadisticas#:~:text=%C2%BFCu%C3%A1ntos%20usuarios%20tiene%20TikTok%20en,en%20octubre%20de%202024>